

INFORME JOVEN

Año 2

Febrero '93

Nº 5

*Los jóvenes del '90:
Un desafío para la elaboración de políticas
públicas de juventud*

María Nieves Tapia

INSTITUTO NACIONAL DE LA JUVENTUD
SECRETARIA DE ACCION SOCIAL
MINISTERIO DE LA SALUD Y ACCION SOCIAL DE LA NACION





**LOS JOVENES DEL '90:
UN DESAFIO PARA LA
ELABORACION DE
POLITICAS PUBLICAS
DE JUVENTUD. ***



MARIA NIEVES TAPIA

Extraído de una intervención ante el
I Encuentro Nacional de Directores
Provinciales y Municipales de Juventud
en La Plata, pcia. de Buenos Aires.
Revisado por la autora.

Area de Información,
Investigación y Publicaciones:
Alfredo Basílico.
Departamento de Publicaciones:
Santiago Ortiz.

Nuestro trabajo en la elaboración de políticas para la juventud exige que tengamos muy claro quiénes son los destinatarios de nuestra labor. Quiénes son, en definitiva, los jóvenes del '90.

La experiencia en este campo nos ha hecho arribar a una indiscutible conclusión: la juventud, como destinataria de nuestras políticas, es un universo muy vasto y muy complejo.

Al intentar un análisis de este universo, nos encontramos con distintas variables en cuanto a la definición de la juventud como grupo etario. ¿De 15 a 18 años? ¿De 18 a 30?

Más allá de las distintas opiniones y los diversos análisis que pueden hacerse, pensamos que resultaría muy fácil arribar a una definición si fuesen solamente éstos los factores a tener en cuenta. Pero todos sabemos que en la realidad juegan muchos elementos más: la juventud puede ser vista como un mercado consumidor al que se presiona, puede ser estudiada como una cultura, una subcultura o una contracultura, o podemos considerarla un estado vital al que se entra y del cual se sale en distintos momentos de la historia personal de cada uno. Otra variable a considerar es el medio en el que el joven vive: la juventud como etapa es vivenciada, obviamente, de manera distinta en un gran centro urbano que en una pequeña comunidad rural. Tampoco se vive de igual manera esta etapa contando con recursos económicos que careciendo de ellos.

En definitiva, sabemos que los jóvenes pueden y deben ser vistos simultáneamente desde todos estos puntos de vista, ya que -al igual que los adultos o los niños- son un conjunto de población demasiado heterogéneo y dinámico como para ser abarcado desde una visión unilateral o excesivamente simplificada.

El marco histórico

Dentro de este complejo universo, nos parece válido en esta oportunidad tomar un punto de referencia que es común a todos y que trasciende la realidad local de cada uno: el tiempo histórico en el que vivimos. Pensamos que una de las maneras de aproximarse a la temática de la juventud es visualizándola como una generación. Mucho se ha hablado de la juventud como futuro: quisiéramos en este caso considerarla una vivencia histórica.

Cuando hablamos de juventud, lo hacemos evocando una serie de clichés, arquetipos e imágenes consagradas de la identidad del joven. En cambio, nos parece positivo detenernos a pensar que no es lo mismo ser jóvenes en la década del '90 que haberlo sido en el '55, el '68 o el '73. Los esquemas y las vivencias de los que fueron jóvenes en otras épocas pueden sernos útiles, pero pueden también no serlo. Visualizar claramente las diferencias generacionales dentro de la realidad juvenil enriquecerá nuestro diagnóstico de la realidad a la hora de trazar políticas de juventud, e impedirá que proyectemos nuestra propia experiencia vital como jóvenes sobre otros segmentos juveniles que -aún cuando están separados de nosotros por pocos años- pueden estar a años luz de nuestra vivencia histórica.

Cabe preguntarse qué tiene entonces de original ser jóvenes en esta década, qué diferencias y qué puntos de contacto tiene esta experiencia con la que vivieron otras juventudes.

Se imponen aquí dos líneas de

reflexión desde el punto de vista de la vivencia histórico-generacional: una en el orden mundial, y otra a nivel de la experiencia histórica argentina.

En el mundo

¿Por qué puede resultar importante situar la experiencia generacional de los '90 en el contexto mundial -podemos preguntarnos- si cada uno de nosotros trabaja en el marco de un determinado municipio, provincia o área rural? Podemos responder a esto diciendo que la generación presente vive en un mundo «globalizado», donde ya casi no existen problemas que sean exclusivamente locales. La humanidad ha pasado de una etapa en la que existían mundos cerrados e independientes entre sí a otra, en la que los medios de comunicación han logrado que las situaciones vividas en los puntos más apartados del planeta nos afecten muy directamente, que el estilo de vida de una potencia se introduzca en nuestra casa a través de la televisión, los videos o la música, y que las caídas o ascensos de la Bolsa en Tokio o en Amsterdam, por ejemplo, repercutan después en nuestra economía cotidiana.

Entonces, es evidente que en un mundo que vive cada vez más comunicado a todo nivel, la vivencia generacional se ha universalizado. (1) Por todo esto, es importante plantearse algunos de los rasgos comunes que tiene la generación del '90 a nivel mundial.

Algunos estudiosos han calificado a esta generación como «posmoderna». A menudo solemos utilizar este término como sinónimo de descompromiso, de encierro

(1) Los jóvenes que vivían detrás de la llamada «cortina de hierro» se colocaron del otro lado del muro para escuchar a Yes. Y fue con «The Wall», el espectáculo de la banda Pink Floyd, que se tiró el muro de los dos lados. Esto es mucho más que un símbolo o un ejemplo: demuestra que más allá de nuestras diferencias regionales, hay un universo colectivo mundial que incide directa o indirectamente sobre los jóvenes de todo el mundo.

en lo privado, de pragmatismo y materialismo. Sin duda, estos elementos están presentes en los jóvenes de los '90. Intentemos profundizar algo más en la visión «posmoderna». Uno de los más destacados escritores de esta corriente, David Leavitt (norteamericano, nacido en 1962), lo sintetiza así: «Nuestros padres creían poder satisfacer su necesidad de estabilidad y seguridad casándose y criando niños; nuestros hermanos y hermanas mayores, mediante la vida comunitaria y la revolución. Nosotros hemos visto a dónde llevan estas alternativas. En nuestro caso, tenemos confianza en nosotros mismos y en el dinero».

Una estudiosa dice: «Los posmodernos ya no confían en la razón ni en la técnica. Niegan los fundamentos últimos y los principios absolutos, porque niegan los grandes relatos que brindaban una visión unitaria. Los grandes discursos ideológicos les producen una gran sospecha. Cambian la orientación productivista, utilitaria y consumista por el goce estático y el abandono a las múltiples manifestaciones de la vida misma. Representan un rechazo a lo tecnocrático, a lo eficientista, a lo burocrático y a lo impersonal».

En su sentido más profundo, la concepción posmoderna pareciera implicar el rechazo de algunas de las verdades fundamentales del mundo moderno.

La generación de la ecología y de la bioética descrece de la supuesta neutralidad y bondad intrínseca de todo avance científico; los hijos de la generación hippie y los nietos del Octubre Soviético han descartado utopías revolucionarias de muy diversos signos ideológicos. Luego de un par de siglos de predominio del racionalismo agnóstico como cultura prestigiada, se asiste a un nuevo auge de movimientos religiosos

de viejo o reciente cuño, con amplia participación juvenil. Florecen las peregrinaciones y jornadas católicas (2), nuevos movimientos religiosos juveniles cristianos, judíos y budistas, fenómenos manifiesta o encubiertamente religiosos como la «New Age», la meditación trascendental, etc. En el mundo islámico, donde el «progreso» de signo materialista-capitalista o comunista se impuso con relativa facilidad hasta los '70, son jóvenes quienes a menudo protagonizan la reacción fundamentalista.

Ahora bien: si para nosotros «ser joven» es ser como los jóvenes del '68, y tomamos como ideal juvenil el del «buen revolucionario», tal como se concebía en los '60 y en los '70, entonces tal vez consideremos a esta generación como algo decepcionante y poco «joven».

Pero ¿es realmente así? ¿Debemos creer que los jóvenes del '90 no quieren comprometerse en nada, que lo único que les importa es la música y la pareja, que han descreído absolutamente de la política, que ya no les interesan las grandes causas? No podemos olvidar que esta es la generación que ha asistido y protagonizado el derrumbe de un imperio que parecía indestructible, y al final de la guerra fría.

Algunos consideran que los jóvenes de los '80 y los '90 no han cumplido un rol histórico tan protagónico como en otras décadas. Tal vez se trate simplemente de que las más recientes movilizaciones juveniles no se han desarrollado en las potencias que manejan los grandes medios mundiales de comunicación, y por lo tanto, no han sido tan promocionadas.

La movilización juvenil por la democracia en Latinoamérica y las revueltas de los jóvenes húngaros, checoslovacos o búlgaros no tienen -al menos por ahora- la aureola mítica del mayo francés o del movi-

(2) En 1989 *Le Monde* calificó de «Woostock al revés» a la multitudinaria Jornada Mundial de la Juventud organizada por Juan Pablo II ese año.

miento hippie, pero eso no significa que no hayan existido. Después de todo, la mitología en torno a las movilizaciones juveniles no surge de un día para el otro. Tal vez, los periodistas occidentales cuarentones que conmemoran con grandes notas a doble página el mayo francés y Woodstock, encuentren dentro de veinte años su equivalente en una generación de periodistas polacos y rusos que recuerden con nostalgia los viejos buenos tiempos en que luchaban para que Walesa saliera de la cárcel y Gorbachov fuera liberado por los golpistas. Salvo los movimientos ecologistas, de gran captación en los países del norte, la mayoría de los más activos movimientos juveniles contemporáneos se están desarrollando en las regiones consideradas periféricas, en las que el sector juvenil tiene demográficamente un peso numérico que ya no tiene en los países envejecidos del norte desarrollado.

Una diferencia sustantiva frente a los movimientos juveniles de décadas anteriores es que no suelen evidenciarse connotaciones de conflicto generacional superpuestos al conflicto emergente. De hecho, los liderazgos no suelen ser asumidos personalmente por los jóvenes (con excepción del frustrado movimiento democratizador chino en Tiannemenn), sino por líderes adultos con gran atractivo carismático entre la juventud, y con colaboradores cercanos jóvenes.

Otra diferencia significativa con respecto a las organizaciones juveniles anteriores es que en la mayoría de los casos se han privilegiado las movilizaciones populares no-violentas y la integración en sistemas pluripartidistas, así como los liderazgos con mayor grado de pragmatismo y capacidad de negociación (Walesa, Mandela, etc.).

Con todo lo anterior no pretendemos negar el evidente «reflujo hacia lo privado» que caracteriza a enormes sec-

tores de la población juvenil en todo el mundo. Queremos simplemente subrayar que la realidad es siempre más compleja que los estereotipos, y que una política tendiente a revertir la desmovilización de los jóvenes debiera antes que nada identificar lo más lúcidamente posible sus características y sus causas.

En este sentido, puede ser útil recordar lo que escribía Albert Camus, el gran intelectual y combatiente de la resistencia francesa, en 1948, sobre la generación de las post-guerra: «Dos generaciones legaron a esta juventud la desconfianza hacia las ideas y el pudor de las palabras».

Como los jóvenes del '48, tal vez los del '90 están simplemente cansados de ser carne de cañón o mano de obra barata de grandes propuestas y liderazgos que no siempre se hicieron creíbles con los hechos. Puede ser que la generación del '90 no sea apática y desmovilizada. Tal vez sólo sea más cuidadosa a la hora de elegir detrás de qué banderas alinearse.

En la Argentina

Veamos entonces, dentro de este contexto, cómo podríamos visualizar a la juventud argentina analizándola desde lo generacional. Para algunos, las generaciones se miden matemáticamente cada quince años. Pero los historiadores sabemos que hay hechos que golpean la conciencia de un pueblo y pueden hacer que las mentalidades se modifiquen muy rápidamente. No es lo mismo ser de los tiempos del «extraño del pelo largo» y de Sui Generis, del «liberación o muerte» y la expansión montonera, que ser de los tiempos de Travolta, la fiebre del sábado por la noche o la noche de los lápices. Están quienes vivieron en el '73 y quienes no, quienes vivieron la experiencia de las Malvinas y el súbito paso a la democracia y también aquellos

para los que todo eso es historia, hay quienes sufrieron la hiperinflación y quienes no. En función de estos hechos (que, aunque parezca mentira, sucedieron en menos de veinte años) podríamos marcar algunas diferencias generacionales.

El primer grupo generacional -que podríamos llamar el de los jóvenes más «adultos», es decir, los que superan los veinticuatro o veinticinco años- es una generación que vivió en muy poco tiempo tres experiencias muy diferentes: la del Proceso de Reorganización Nacional (con las escuelas que no es necesario detallar), el impacto de la guerra de las Malvinas (un suceso por el cual muchos se sintieron movilizados, llamados, e inmediatamente después estafados) y quienes entraron luego en esa euforia de la conquista de la democracia, con la cual se pensó que todo se resolvería fácil y rápidamente. Fue el inicio de etapa democrática lo que produjo la movilización de este grupo generacional.⁽³⁾ Quizá haya sido el que con más dureza sufrió el contraste entre expectativas y realidades. Porque al haber crecido en los años del Proceso y al haber tenido con Malvinas su primer contacto con la manipulación masiva, comenzaron su juventud con una cuota muy alta de descrédito hacia lo público. Este mismo grupo de jóvenes que se entusiasmó -con una fuerte dosis de idealismo- por el regreso de la democracia, fue el que recibió más duramente el impacto de la hiperinflación y del derrumbe de los últimos meses de gobierno del Dr. Alfonsín, porque eran justamente ellos los que más expectativas habían colocado en este proceso.

El otro grupo, que es el de los jóvenes más jóvenes, los que tienen menos de veintitrés años, comenzó ya su juventud inmerso en la hiperinflación, el descrédito, la desmovilización. Es en ellos en quienes

normalmente se piensa cuando se habla de «posmodernos», de «dioses» y «diosas», y también cuando se miden las consecuencias de un prolongado deterioro del sistema escolar y sanitario, del impacto del desempleo en los sectores con menor capacitación y menos capacidad de adaptación a los nuevos horizontes tecnológicos. Los mayores entre ellos cumplieron los 15 en el '83 y votaron por primera vez en 1987: de los años anteriores conocen lo que los medios masivos de comunicación o el entorno familiar les han permitido conocer: generalmente visiones simplificadas, polémicas o voluntariamente parciales. Su experiencia generacional está más marcada por la gravedad de la crisis económica y el ajuste que por los acontecimientos políticos que signaron a las etapas anteriores. Parecieran los menos dispuestos a la participación político-partidaria y al compromiso social en general, si bien asumen con mayor seguridad y menos expectativas ilusorias las posibilidades y limitaciones del sistema democrático.

El contexto en el que crecen parece favorecer el predominio del individualismo y un desdibujamiento de los modelos compartidos. Salvo los grupos minoritarios que se sienten convocados por ideales movilizadores (sean éstos políticos, religiosos o sociales), en la mayoría parecería predominar casi excluyentemente la problemática de tipo afectivo y la idea de «abrirse camino» individualmente, o a lo sumo con el apoyo familiar.

Es importante tener en cuenta que esta es la generación de los hijos de la generación del '68. Sus padres crecieron en la década del '60. Muchos fueron -o se consideraron- jóvenes revolucionarios, y ahora les transmiten a sus hijos uno de estos dos mensajes: o bien el de «Nosotros sí que éramos revolucionarios, no como

(3) En los padrones de afiliación se llegó al nivel más alto de la historia argentina, y la generación que en ese momento tenía entre dieciocho y veintidós años fue uno de los segmentos más importantes.

ustedes que no sirven para nada», o: «Sean más vivos que nosotros y no le crean nada a nadie. Ocupense de sus cosas, piensen en una casa, una familia, el trabajo, y nada más». Estamos caricaturizando, por supuesto, pero esas dos grandes líneas de mensajes son las que los adultos transmiten en este momento. Con un agravante: es una generación de padres que, a causa de la crisis económica, están por lo general bastante ausentes de sus hogares. Esto produce un fenómeno inédito en la realidad de los jóvenes. Una característica de lo juvenil fue, en las décadas del '60 y del '70, el conflicto generacional. Los jóvenes se rebelaban contra los adultos. Ahora, los adultos han querido ser más «compinches» de sus hijos, pero han tenido que dejarlos solos muchas veces, a menudo por motivos económicos, porque muchos padres tienen que cumplir largas jornadas de trabajo fuera de sus casas. También incide en la sensación de abandono que experimentan muchos jóvenes la necesidad de salir a buscar trabajo -escaso y mal pago- a edades muy tempranas, así como otros motivos no económicos: la proliferación de los divorcios y las familias disgregadas, o de padres sumidos en sus propias problemáticas y con escasa capacidad de contención de las necesidades afectivas de los hijos.

Las encuestas más serias revelan que un importante porcentaje de jóvenes se siente no ya reprimido por sus padres, sino más bien abandonados por ellos. Sufren la carencia de modelos y de caminos abiertos para seguir. Algunos de sus padres temen ponerles límites porque no quieren «frustrarlos», no se animan a proponerles una ética porque ellos mismos no saben si tienen alguna, no se proponen como modelos a imitar porque son ellos los que copian la ropa, el lenguaje y las costumbres de sus hijos, no les ofrecen valores porque ellos son los primeros incrédulos, no los movilizan porque son ellos los desmovilizados.

Más que una generación que se rebela «contra», es una generación de jóvenes que se preguntan si todo lo tendrán que hacer ellos en el futuro.

Los jóvenes del '90

Frente a esta realidad, algunos de los clichés que se manejaban con respecto a la juventud en otras décadas han dejado de servirnos, y tenemos que generar nuevas formas de aproximación a la temática de la juventud. Una juventud que, a pesar de las apariencias, sigue cuestionando las estructuras de la generación adulta. No es ésta una generación sin grandes causas y sin grandes movilizaciones. Estamos acostumbrados a pensar en Woodstock, en mayo del '68 o en la Argentina de los años '70. Pero quizás se rescate dentro de diez años lo que han llevado a cabo los jóvenes de Latinoamérica y el mundo entero para reconquistar la democracia, para mantenerla, para hacer caer el muro de Berlín, para luchar en China. Es la juventud la que está protagonizando los procesos de movilización más novedosos, ya sea en Latinoamérica, en Europa del Este, en África o en Asia. Por eso, estamos absolutamente convencidos de que cuando los jóvenes encuentran causas concretas, modelos viables y líderes creíbles, se movilizan como ellos saben hacerlo.

Este tiempo histórico en el que vivimos nos ofrece un gran desafío: generar políticas concretas de juventud. Viables. Y creíbles. ■